

Pero dejando para más adelante esos proyectos, de los que yo no me proponía sino tomarme un ligero anticipo y proveer a ellos por la tarde, después de un almuerzo casi en común, salí para procurarme noticias, no sin haberle advertido a la que era entonces para mí la "niña bonita" un capricho, de que volvería en seguida, e invitándola a esperarme, después de sus recados en busca del almuerzo, en la portería, si le parecía mejor. Como en todas partes me daban noticias terribles y desde el muelle se veían llamaradas blancas sobre el azul del cielo espléndido, del Palacio de las Tullerías y del Hotel de Ministerio de Hacienda, entráronme a mí también unas ganas locas de ver a mi madre, que tan aislada estaba en su Batignolles, donde mi mujer y yo habíamos ido a pasar no hacía mucho unos meses con ella, que tenía más provisiones de huevos y patatas que nosotros. Llegué hasta el Castillo de Agua por entre una agitación desorientada y mal guerrera, pero conducida al son del tambor.

Oíd: es el tambor
de la Guardia Nacional,
de la Guardia Nacional...

Allí, un jayán medio suboficial, medio chulo en lo civil, armado de un gran sable y tocado en un quepí monstruosamente galoneado, jefe de una barricada en erección, púsome un revólver en la sien, intimándome que me volviera atrás a despecho del pase de circulación, timbrado por la *Commune* de París, que yo le presentaba.

—Yo me chincho en la *Commune* y en usted, ¡y váyase de aquí, si no...!

Ante el *quos ego* de aquel menguado Cambronne volvíme atrás, en efecto, y probé varias veces forzar las líneas. Por todas partes el mismo fracaso descoronó y acabó por desalentar mis esfuerzos. Entré por la calle del Cardenal Lemoine. La portera salióme al encuentro con estas palabras, que me dejaron estupefacto, al mismo tiempo que a mi criada, acurrucada en el fondo del tabuco, cualquiera hubiera dicho que castañeteando los dientes y mirándome como si implorase a un Zeus Soter:

—Señorito: allá en el rellano de la escalera lo están aguardando dos guardias nacionales.

—¿Y no han dicho nada?

—No; no han dicho más que su nombre de

usted, diciendo que son amigos suyos; pero tienen una cara...

Subí los escalones de cuatro en cuatro y me encontré con mi amigo Edmundo Lepelletier, el conocido publicista, y Emilio Richard, que murió hace mucho tiempo después, presidente del Consejo municipal de París, negros de polvo y de pólvora, que salían de una barricada inmediata y habían ido a pedirme asilo.

Naturalmente, los pasé a mi casa, y procedimos a quemar las bandas de los pantalones y a destruir igualmente por el fuego los quepis y arrojar al retrete botones de hoja de lata y a adoptar las demás precauciones oportunas contra un probable registro. De armas y cartuchos no había ya ni rastro, pues los habían tirado en el camino.

—Derrota completa —me dijeron—. Dentro de algunas horas los versalleses ocuparían el barrio...

Comimos con gran apetito, ellos sobre todo, servidos por la chica, que había vuelto a subir al piso detrás de mí, y a la que gastamos bromas a propósito de sus sustos, pareciendo ella más tranquila ya. A mí, aquella inopinada visita de mis amigos me contrariaba no poco, atendidas las intenciones que antes declaré, pero la hospitalidad en semejantes circunstancias era primero que todo, ¿no es verdad?

Entre diez y once oímos el fuego de fusilería que se acercaba. Un ruido seco y giratorio de molino; el tictac verdaderamente... Y desde el balcón asistimos al desplegarse en buen orden del batallón de los vengadores de Flourens —la gente del arroyo pronunciaba Florans, de igual modo que decían Félix Piat y Paschal Grousset—, chicos de quince a dieciséis años, vestidos de cazadores de infantería de la Guardia Imperial, traje negro y verde, pantalones de zuavos, ancho cinturón blanco y el aire despreocupado, demasiado despreocupado; pero que se hicieron matar hasta el último, al día siguiente, en la barricada del puente de Austerlitz por unos marinos harto furiosos en verdad...

Al mismo tiempo salía del torreón del Ayuntamiento una tenue humareda negra, y al cabo de dos o tres minutos a lo más, ametrallaron todos los balcones del monumento, dejando escapar enormes llamaradas y el techo desplomóse bajo una inmensamente alta y ancha cimera de chispas. Aquel fuego duró hasta la noche, cayendo a partir de aquel instante en forma de un colosal brasero, que en los días siguientes convirtiéndose en un gigantesco tizón. Y el espectáculo, horriblemente hermoso, reanudóse a la noche con el cañoneo de las alturas de Montmartre, que vino a ser, desde las nueve de la noche hasta las tres de la madrugada, una fun-

ción de fuegos artificiales de lo que no hay. Durante el día habíamos tenido el estallido del polvorín de Luxemburgo, terriblemente fuerte, y la invasión, llena de promesas, de la escalera de la casa por una muchedumbre de gente cargada auestas con su hato, escapada de los alrededores del Panteón ante la amenaza, y en sus espíritus la certeza de la inminente destrucción, por una mina, de la obra de Soufflot. Mi mujer no había vuelto a casa, lo que en tales circunstancias no me causaba asombro alguno, y yo estaba muy ansioso por saber qué hubiera sido de mi madre en aquel barrio suyo, pacífico de ordinario; pero muy trabajado desde el principio en sentido insurreccional.

A eso de las cuatro de la mañana, mis huéspedes que se habían tumbado en unos colchones en el comedor, yo lo había hecho en la alcoba nupcial desierta aquella vez—, al levantarse la aurora toda radiante en el cielo que retumbaba con el infame fragor de la batalla, sobresaltónos un gran campanillazo. Yo corrí medio desnudo a la puerta; mi madre, jadeante, había pasado la noche entera franqueando barricadas sitiadas; hacía un momento, allí cerca, había presenciado en la calle de Poissy una gran mortandad de “insurrectos”: hombres, mujeres y niños...

—¡Oh! —decía ella temblando todavía—, soy

viuda de militar; pero lo que es hoy me infunden horror el uniforme y las armas...

¡Cuántos besos! ¿verdad? ¡y qué efusión!

—¿Y tu mujer?

En aquel instante oímos otro campanillazo. Era mi mujer. ¡Por fin! Aquella vez la abracé muy fuerte y lloramos los tres de alegría. Procedimos a ver la forma de facilitar la evasión de nuestros amigos comprometidos, lo que se verificó gracias a mi guardarropa desguarnecido, y también, en parte, a la del excelente casero de entonces, el señor Brazies, padre, que se prestó como verdadero hombre de corazón a aquella obra de salvamento. Los fugitivos pudieron volver a sus domicilios sanos y salvos, aunque mediante una aventurilla que hubo de ocurrirle a Lepelletier, que, habiéndose enganchado por toda la duración de la guerra, hizo valientemente toda la campaña de París, desde la retirada de Mezières, y el cual encontré a mi puerta con unos soldados de su regimiento, conducidos por un sargento, al que conocía por haber bebido con él en la cantina, y con el cual bebí aquella vez a la salud de la causa del Orden.

Luego que se hubieron ido ellos, declaróme mi mujer que se hallaba encinta de dos meses largos; lo que, por algún tiempo, me unió más a ella, siguiendo yo también en eso los consejos

de mi madre, la cual se maliciaba que en nuestro matrimonio no todo era armonía...

Y todo fué dando tumbos en aquel matrimonio... hasta la llegada a París hacia octubre de 1871, de Arturo Rimbaud, por quien mi mujer concibió al punto unos celos absolutamente injustos ;entonces! en el sentido villanamente antipático en que ella los entendía... No se trataba al principio de un afecto ni de una simpatía cualquiera entre dos temperamentos tan distintos como el del poeta de Assis y el mío, sino de una admiración y un asombro extremados ante aquel chico de dieciséis años, que ya por aquel tiempo había escrito cosas que, como ha dicho muy bien Feneon: "puede que estén por encima de la literatura".

Aquí concluyen, por algún tiempo quizá, mis CONFESIONES. El conjunto de mi obra en prosa y en verso, atestigua bastante —algunos dicen o encuentran que demasiado— de muchos defectos y hasta vicios, y de todavía más mala suerte, más o menos dignamente soportada.

Pero de todos modos, y sin mucha vanidad ni orgullo de mi parte, la frase de Rousseau puede servir de moraleja mediana a mi vida:

Uno se enorgullece cuando se compara.

O más bien, para concluir como el cristiano,

P A U L V E R L A I N E

que yo intenté ser, y que quizá no se haya ido del todo a pique, ¿no debo repetir, hablando de todo mi pasado, con aquel otro confesor de sí mismo, el adorable obispo de Hipona: *Domine, noverim te?*

F I N